

PRÓLOGO

Las sombras se deslizan en el techo. El niño las mira y casi puede tocarlas. Olvida que no son más que sombras e imagina, por ejemplo, un pequeño chimpancé danzante, un tropel de caballos desbocados. O, mejor aún, unas yeguas, unas yeguas de la noche. El niño se entretiene viéndolas para mantenerse despierto. Su hermano, en la parte inferior de la litera, duerme con tranquilidad, no le importa lo que ocurre al otro lado de la puerta entreabierta. Y lo que ocurre es nada, es la quietud. Pero el niño, el hermano mayor que lucha contra el sueño, espera. Tiene nueve años y sabe que algo se ha roto.

Hace por lo menos cuatro horas que su mamá terminó de darles de cenar, los mandó a lavarse los dientes, vigiló el movimiento de los cepillos entrando y saliendo de las bocas pequeñas, la espuma acumulada, los escupitajos blancos. Los vio ponerse la pashama en mitad del desorden de la habitación, los cubrió hasta el cuello con las colchas, los bendijo, les dio las buenas noches y salió, dejando tras de sí apenas una raya de luz.

El niño supo que aquella era una noche inusual cuando su mamá los llamó a la mesa: era viernes y su

papá no estaba en la casa. Los viernes, todos los viernes, volvía temprano, cenaba con ellos, miraban todos juntos una película en la televisión.

¿Dónde está mi papá?, dijo con la vista puesta en las albóndigas humeantes en su plato.

Su hermano volteó a verlo con sus grandes ojos redondos y la mamá, sentada delante de ellos, las manos quietas sobre la mesa, no respondió. En cambio, el niño notó que la boca se le torcía, que un párpado comenzaba a temblarle.

De modo que ahora, cuatro horas después, mientras observa las sombras en el techo, negras, huidizas, acompañadas por la respiración dormida de su hermano, piensa inevitablemente en su papá, perdido en algún lugar de la noche, perdido en la oscuridad de unas calles que él no ha visto nunca y que, sin embargo, es capaz de imaginar: ruinosas, mojadas, sucias, pobladas por ojos y orejas vigilantes. Se quita de encima las colchas que lo cubren, las empuja lejos con los pies, y se levanta. Detrás de la puerta entreabierta aún no ocurre nada, nada rompe el silencio y la quietud. Le arde el estómago, el pequeño corazón le retumba en el pecho: quiere ver a su papá. Quiere, por lo menos, saber dónde está. ¿Habría llamado? No, el niño sabe que no ha llamado porque nunca sonó el timbre del teléfono. ¿Por qué su mamá no hace algo? Quizá porque ella sí sabe dónde está y no quiere decirlo. A lo mejor todo esto forma parte de un juego cuyo sentido solo será capaz de comprender cuando amanezca, cuando el sol salga y destruya las sombras en el techo, haga desaparecer a las yeguas.

Con cautela y precisión, baja la escalerilla de la litera. Voltea un segundo a ver a su hermano —la boca abierta, los párpados inquietos— y abandona la habitación. Su propósito es hacer que su mamá le hable, le explique porqué aquella noche es inusual, le muestre

aquello que se ha roto. Pero se detiene antes, en mitad de las gradas, en ese punto desde el cual puede ver parte del comedor, de la sala y a su mamá sentada en el sillón, con la espalda muy recta y la mirada perdida en la penumbra. Fuera de toda duda, el niño sabe que aquella mujer es su mamá, pero algo en su postura, en sus ojos abiertos, en la mueca petrificada lo atemoriza, como si no la conociera. También sabe que el retumbo de su corazón, que antes fue de impaciencia, es ahora de miedo. Se queda así, quieto en el descanso, sintiendo cómo le vienen ganas de orinar pero sabiéndose incapaz de darle la espalda a la imagen de esa mujer, a un tiempo tan familiar y tan extraña, para correr al baño. Suena entonces, retumba en sus sienes y su corazón da un brinco, el timbre de la casa. La mamá no reacciona. El timbre suena de nuevo. La mamá parpadea, como si despertara. Al fin se incorpora y desaparece del campo visual del niño. El niño baja una grada, otra más y se detiene. Escucha el principio de un grito, un grito ahogado, interrumpido de golpe. Termina de bajar las gradas que faltan. Atraviesa la sala. Se lleva la mano a la entrepierna y aprieta, le cierra el paso al chorro que viene con ímpetu. Alcanza la puerta que da al garaje y abre con la mano libre. La escena con la que el niño se encuentra es esta: su mamá de espaldas, su papá delante de ella. La cara de su papá es otra, inflamada, cubierta por una mueca monstruosa, y su camisa blanca ostenta un círculo, una explosión rojo oscuro en el pecho. El niño sabe que aquello es sangre. Alguna vez, en el colegio, le rompieron la nariz y espesas gotas de ese mismo color cayeron sobre su camisa. Sin embargo, lo que lo impresiona más no es la sangre, ni la cara deformada, sino el llanto. Su papá llora como él, como su hermano, con pucheros y mocos y largos suspiros. La mamá al fin se acerca al cuerpo que amenaza con derrumbarse y lo abraza. No le importa la sangre: lo abraza, lo pro-

tege. El papá recarga su cabeza sobre el hombro de la mamá y sus brazos cuelgan exhaustos. Al cabo de un rato, es la mirada hinchada, enrojecida, lo que levanta el papá y se encuentra con la del niño. El niño siente a continuación, sin poder apartar la vista de los ojos de su papá, el líquido caliente expandirse sobre la tela del pijama azul, siente cómo le va mojando –hilos delgados cosquilleando sobre la piel absorta– primero una pierna, después la otra y, por último, los calcetines. Escucha y siente cómo se va formando un charco debajo de sus pies y retrocede, le da la espalda a los ojos que lo miran y corre de vuelta a la habitación. Se esconde empapado debajo de las sábanas.